

Reseña de RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Argentina. (2017). *The Links in the Chain: imágenes de la mujer en la literatura del siglo XVIII en Inglaterra*. Ciudad de México: FFYL, UNAM.

Hasta hace poco, estudiar la historia del denominado “surgimiento de la novela [anglófona moderna]” (Watt, 2001) suponía un paseo evolutivo que daba inicio con el “realismo formal” de Daniel Defoe a principios del siglo XVIII y culminaba en la legitimación moral y cultural del género, llevada a cabo por Samuel Richardson y Henry Fielding a mediados de la misma centuria. A esta línea de progreso estilístico le seguía un corolario sobre fusiones excéntricas de los modelos anteriores, como la de Laurence Sterne con su *Tristram Shandy* (1759-67), y una breve mención de discípulas (tardías) de Richardson y Fielding, como Frances Burney y Jane Austen. La pulcritud ostensible de este linaje, que comenzó a trazarse durante el siglo XIX, resultaba muy atractiva para la crítica positivista y logocéntrica, que, hasta tiempos relativamente recientes, solía ser la norma académica para acercarse a las literaturas del pasado. Tras décadas de activismo sociocultural y centenares de estudios críticos, esta fortaleza de ideas heredadas presenta profundas fracturas y comienza a desmoronarse. *The Links in the Chain: imágenes de la mujer en la literatura del siglo XVIII en Inglaterra* es uno de esos textos que atizan la hoguera en que ahora arden aquellas vertientes del canon literario que tendían una sombra espesa sobre toda suerte de escritoras y escritores cuyas obras eran muy populares en su momento histórico, pero que, con el paso del tiempo, fueron empujándose a la periferia de los libreros y el horizonte crítico.

La incursión y subsecuente preponderancia de la mujer en la escena literaria, que comenzó a finales del siglo XVII y perduró hasta al menos el tercer cuarto del siglo XVIII, es un fenómeno cultural que amerita atención particular si se aspira a tener una visión más amplia sobre la historia de los géneros literarios en el mundo anglófono. Esto es precisamente lo que hace Argentina Rodríguez Álvarez en su libro más reciente. Como lo declara la autora desde las primeras páginas, “el propósito central de este trabajo es destacar el papel activo de la mujer en los cambios culturales del XVIII” (8). En especial, Rodríguez Álvarez se dedica a disputar de manera implícita las teorías más conservadoras sobre el surgimiento de la novela anglófona moderna, restaurando a su merecido lugar a aquellas “escritoras olvidadas o ignoradas por la crítica, sin cuya participación la novela inglesa no hubiera alcanzado tan altos niveles de auge y popularidad” (9). Las autoras en cuestión van desde aquellas cuyos nombres resultan cada vez más familiares, como Aphra Behn, Eliza Haywood, Mary Wollstonecraft y Mary

Astell, hasta otras que continúan siendo poco conocidas fuera (y en ocasiones inclusive dentro) de círculos dieciochistas, como Mary Robinson, Catharine Macaulay, Priscilla Wakefield, Mary Hays, Hannah More y Susannah Centlivre.

Rodríguez Álvarez retoma el concepto *links in the chain* de Elaine Showalter, una de las pioneras de la ginocrítica dieciochesca. Al hablar de eslabones en la cadena, sin embargo, el libro de Rodríguez Álvarez va más allá de reconocer y recuperar a estas escritoras como enlaces perdidos en la historia de la novela. No se trata de ninguna manera de lo que la crítica anglófona denomina *Wig history*, esto es, trazar una línea de evolución histórica en la que el pasado se presenta siempre encaminado en una progresión inevitable hacia un futuro más abierto, inclusivo, tolerante e iluminado. En la forma en que Rodríguez Álvarez aborda a estas autoras, *the links in the chain* nos habla también de una relación de hermandad de profesión entre escritoras con antecedentes socioeconómicos, inclinaciones políticas y visiones sobre el mundo muy diversas, pero que están enlazadas entre sí —y que, a su vez, se vinculan con la crítica feminista actual que busca reinstaurarlas a su sitio original— por su forma de atender “con inteligencia, cuidado y seriedad [...] el tema de la mujer, condición necesaria para la evolución del feminismo” (14). Rodríguez Álvarez se centra “en los eslabones de la cadena de escritura femenina que contribuyeron a generar una tradición” (24), para revelar los orígenes de los sesgos que llevaban a la crítica convencional a leer a Jane Austen como la primera gran legataria de los pro-sistas (varones) del XVIII.

A mi parecer, uno de los puntos más encomiables del estupendo texto de Rodríguez Álvarez es la atención que otorga a las diversas tácticas que emplearon las escritoras dieciochescas para sortear las dificultades que suponía su papel ambiguo en tanto que mujeres (y, por ende, en teoría pertenecientes al ámbito de lo privado) y escritoras (y, por ende, participantes activas en la esfera pública). Lejos de considerarlas como un grupo uniforme de voces que perseguían un objetivo común, Rodríguez Álvarez remarca su pluralidad, tanto en los campos literarios en que incursionaron, como en los distintos niveles de mérito artístico que ostentan sus obras. Como lo dice Rodríguez Álvarez con concisión y atino, “hubo escritoras buenas y malas” (17) y, “al igual que sucede con las feministas en la actualidad”, las autoras dieciochescas muchas veces tenían puntos de vista diferentes o inclusive antagónicos (131). No obstante, para la crítica —masculina— de aquella época, la diferencia sexual, es decir, el simple hecho de que quien escribía fuera mujer y no hombre, sembraba una duda inmediata y arbitraria sobre su calidad literaria. Este prejuicio misógino está detrás de la frecuente homogeneización que se hace de las obras escritas por mujeres en la modernidad temprana.

The Links in the Chain también nos muestra, sin embargo, las similitudes que hermanaban a estas escritoras en su momento histórico y que las hicieron blanco de ataques doblemoralinos. Rodríguez Álvarez deja ver, por ejemplo, cómo al haber sido “casi todas [...] en cierta medida autodidactas” (29), las autoras dieciochescas operaban desde los márgenes de lo académico, por lo que su éxito profesional podía resultar más

irritante para la naciente crítica profesional, compuesta por una camarilla privilegiada de varones con un bagaje educativo clasicista e institucionalizado. Algunos de ellos, nos dice Rodríguez Álvarez, llegaron a utilizar pseudónimos femeninos para poder posicionar sus obras narrativas en el mercado. No es de extrañar, entonces, que su gran éxito comercial granjeara a las escritoras la antipatía de quienes dictaban las normas de estilo y calidad literaria. Tampoco sorprende que ese tipo de prejuicios llevara a muchas de ellas a desarrollar estrategias que les permitieran imbuir, en obras ostensiblemente conservadoras, “una velada y sutil transgresión hacia el argumento central que aboga por dichos modelos de conducta” (118). Quizá sea justo ésta la mayor coincidencia entre todas ellas.

Digna de mención resulta también la contextualización tan minuciosa y a la vez sucinta que *The Links in the Chain* ofrece en cuanto a los horizontes históricos, sociológicos y culturales en que las autoras desempeñaron una profesión que podía acarrear enormes riesgos para su posición en la sociedad. Como lo muestra Rodríguez Álvarez, la reputación era un arma de doble filo que jugaba un papel muy importante tanto en la recepción de las obras como en la aceptación de las escritoras en su entorno social. En palabras de la autora:

Lo que una mujer escribía resultaba, a los ojos de la sociedad, autobiográfico, así que una dama siempre estaba en riesgo de quedar expuesta al ridículo o rechazo por manifestar su intimidad al público. [...] Los textos escritos por mujeres que, por una analogía sexual, se asociaban con el decoro sexual (*sexual decorum*) se sometían al juicio de un estricto código moral que se rigidizaba a medida que el número de escritoras aumentaba. (2017: 32 y 116)

El estudio de Rodríguez Álvarez nos lleva a reflexionar sobre los grandes retos que para las escritoras dieciochescas suponía navegar el estrecho canal entre la Escila de las imágenes negativas promovidas por la sátira y el Caribdis de la idealización beatificante y reductiva. Y es que, como afirma Rodríguez Álvarez, mientras en la sátira la mujer “fue retratada como la arpía, la regañona, la mojjigata y la orgullosa” (84), la idealización de la cual fue objeto en la literatura sentimental y algunos textos didácticos cimentaron “la imagen de la mujer débil y pasiva, a quien se le encomienda custodiar los valores morales de la familia” (109). Estas condiciones adversas evidencian no sólo el esfuerzo que implicaba atreverse a ser escritora, sino también ayudan a comprender las elaboradas maniobras que las autoras empleaban para comunicar sus críticas más duras sobre el doble estándar sexual y otros aspectos atrayentes del *statu quo*.

El libro de Rodríguez Álvarez nos acerca de manera generosa y sugerente a un tema por demás fascinante y complicado de aprehender. Sin importar si se es dieciochista o no, *The Links in the Chain* es una lectura imperdible para quienes se interesan en reflexionar sobre las (con/de)formaciones del canon literario a lo largo de la historia y la recuperación de voces que otrora eran centrales, pero con el tiempo se fueron

empujando hacia los márgenes, desde donde Rodríguez Álvarez, echando mano de su gran erudición y sentido del humor, las invita a colocarse, de nueva cuenta, en primer plano.

Referencias

WATT, Ian. (2001 [1957]). *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson, and Fielding*. Segunda Edición. Berkeley: U of California Press.

Anaclara CASTRO SANTANA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México